

GEOGRAFÍA HUMANA, CAMBIO SOCIAL Y GESTIÓN CREADORA EN RECUERDO DE MIGUEL JUÁREZ GALLEGO

*Cada persona que pasa por nuestra vida es única.
Siempre deja un poco de sí y se lleva un poco de nosotros.
Habrá los que se llevarán mucho, pero no habrá de los que no nos dejarán nada.
Esta es prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad.*
(Jorge Luis Borges)

Miscelánea Comillas en el año 2014 dedicó un número en homenaje al profesor Miguel Juárez con motivo de su jubilación, y ahora en 2020 su «querida revista» que durante tantos años dirigió le dedica un espacio para su recuerdo.

No es fácil realizar una semblanza de una persona, pues a la complejidad innata de la propia personalidad hay que añadir que cada uno tenemos una visión determinada según la relación que esa persona ha tenido con nosotros. Pero referirse a Miguel Juárez en un contexto universitario es hablar entre otras cosas de geografía humana, de cambio social y de gestión creadora, teniendo presente a su vez su personalidad cordial, su vocación jesuita, su investigación social y su tarea como docente y gestor universitario.

Pero vayamos al principio, porque si deseamos conocer a una persona debemos comenzar por su origen. Sin que este sea el único factor determinante de lo que será la biografía o la historia personal, el origen es un fundamento permanente de todo aquello que vamos siendo a lo largo de la vida. Miguel sabía perfectamente que la geografía es humana, es decir, que el espacio y el lugar en el que nacemos y vivimos condiciona nuestra forma de ser con sus posibilidades y sus límites. El origen y la primera formación de Miguel nos conducen a la provincia de Zamora y Valladolid, tierra de Castilla. Entre San Agustín del Pozo, lugar en el que nació en 1948, y Villagarcía de Campos, donde ingresa en 1967 como novicio en la Compañía de Jesús, transcurre el primer mundo decisivo en la vida de Miguel que lo configura como persona. Luego se prolongará en su etapa de formación en Salamanca donde le tocará vivir los convulsos y creativos años 70. Quienes somos de esta tierra, como Miguel, sabemos que el valor de la fortaleza para afrontar las cuestiones decisivas de la vida, la virtud de la autenticidad para vivir las relaciones

personales y la fuerza de la templanza y discreción para hacer frente a los vaivenes que suceden a nuestro alrededor son características que valoramos por encima de todo. Esta visión acaba formando parte de nuestra manera de ser y termina constituyendo algo así como una segunda naturaleza.

Los estudios universitarios, ya dentro de la vocación jesuita y ordenado sacerdote en 1979, le conducirán a Madrid y posteriormente a Estados Unidos. En esta etapa se fraguará su formación filosófica y teológica que sostendrá su vocación espiritual y nacerá la profunda y arraigada vocación a la sociología. En Comillas realizará sus estudios en teología, especializándose en moral y praxis cristiana que le conectará con su inquietud por el análisis, el estudio y la comprensión de la realidad social. El estudio de la licenciatura en Geografía e Historia en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense le conducirá finalmente a la realización de la tesis doctoral en esta misma universidad sobre geografía humana. El espacio no es una realidad neutral, sino que configura la realidad social y nos ayuda a comprenderla en sus desajustes y desigualdades. A este estudio de la geografía y espacio urbano habría que añadir el análisis sociológico de la cultura, de la familia, de la política, del cambio social que le conducirán a la elaboración del V informe sociológico *Foessa* dejando constancia de «La España del cambio». En él da razón de la situación social en España a través de los años 1982-1994, esenciales para entender la transformación producida en el territorio español, con la esperanza de que este camino fuera preparando una sociedad para todos al comienzo del tercer milenio.

Miguel vivió su vocación jesuita a través de la misión intelectual en la Universidad Pontificia Comillas, en Madrid. Después de una estancia en diversos centros universitarios de Estados Unidos se dedicó en cuerpo y alma a la Universidad que había dejado las orillas del Cantábrico para instalarse en la capital de España. En ella ha dejado a lo largo de cuarenta años todo lo que puede dar una persona en el tiempo más fecundo de su vida. Combinó los tres aspectos que se le piden a cualquier profesor universitario: la docencia en distintas materias en la que inspiró a muchos alumnos al estudio de la sociología y el trabajo social; la investigación de los cambios sociales vividos en la España contemporánea; y, finalmente, la gestión en la construcción de la nueva Universidad Comillas que a partir de los años 80 se había estado gestando. Miguel se comprometió y desvivió en la creación y consolidación de la Escuela de Trabajo Social y en la constitución de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. En toda institución hay una gestión fundadora, otra constructiva y finalmente otra que trabaja en su consolidación. Cada una de ellas pide una forma de actuación distinta y aquí es donde hay que reconocer que Miguel tuvo una incidencia significativa y realizó una gran aportación

en ese momento crucial en el que una institución ya fundada, tiene que empezar a construirse y labrarse un futuro. Su labor diaria, constante, callada, discreta, reconciliadora fue crucial para la construcción y consolidación del estudio del Trabajo Social en nuestra universidad y de la creación de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales que integra saberes tan dispares como la filosofía, la psicología, el trabajo social, la educación y pedagogía, y la traducción e interpretación, que como bien sabía Miguel solo en su referencia mutua se potencian y en su integración común pueden sobrevivir en el competitivo mundo de la educación e investigación universitaria que vivimos en la actualidad.

Miguel no era un hombre de grandes discursos, ni de aparecer como protagonista en actos multitudinarios. Sus convicciones y su manera de entender la vida las vertía en el trato personal con cada uno de sus amigos, compañeros jesuitas y colegas en el trabajo, siendo en la relación cercana, cordial, de tú a tú, el lugar y la distancia adecuada en el ejercicio de su misión a lo largo de los años. La alegría, el equilibrio, el realismo, el humor, la normalidad a la hora de afrontar el trabajo del día a día ha sido la clave para una aportación constante y positiva en la construcción de una misión y una obra compartida. No intentó dejar su impronta personal en todo aquello que hizo, sino que más bien trató de fortalecer y hacer crecer un trabajo común dentro de la Compañía y de la Universidad del que ahora todos nos sentimos deudores y agradecidos. Esta fue su seña de identidad y la gran aportación que realizó a lo largo de su vida.

ALMUDENA JUÁREZ RODRÍGUEZ
Universidad Pontificia Comillas